

La calle para el viernes 22 de junio de 2007  
Diario de un espectador  
Peripecias con Agustín Lara  
por miguel ángel granados chapa

En el número de la Revista de la Universidad correspondiente a junio, el cuarenta de la nueva época, que está en circulación, se reunen dos textos sobre María Félix, uno escrito por Vicente Leñero como parte de su habitual colaboración con la publicación universitaria. Por su parte, el comunicólogo Eulalio Ferrer exhuma notas de su diario, escritas hace cuarenta y cuatro años. Narra en ella dos episodios de su relación de amistad muy estrecha con Agustín Lara, uno de ellos protagonizado por María Félix, tiempo después de la separación entre la diva y el músico-poeta. El otro recuerda un grave percance en la vida profesional de quien llegó a ser —lo era ya en el momento de esta peripecia—uno de los principales hombres de la publicidad comercial.

Ferrer comienza evocando una visita suya a la casa de Lara. Lo ve acariciando una copa de coñac, Martell; “No olvido el nombre del producto francés. Fue causa de la ruina de un programa que nuestra agencia producía en el canal 2 de televisión. Tenía algunas semanas de haberse iniciado con éxito. Rincón bohemio era su nombre y Tequila Sauza su patrocinador. Tres bohemios lo animaban: Tata Nacho, Renato Leduc y Mario Talavera- Cada semana, un invitado famoso.

Cuando tocó el turno a Agustín Lara, *El flaco* llegó ¡iluminado! De la mano de Renato Leduc, quien comenzó a entrevistarle con preguntas atrevidas que encandilarían al teleauditorio. En un momento dado, Agustín interrumpió a Renato y rápidamente puso sobre la mesa el ánfora de coñac Martell, que llevaba en el bolsillo posterior del pantalón, diciendo con voz pastosa:

*Bueno, y ahora brindemos con un buen coñac y no con la porquería que se anuncia en este programa.*

Los camarógrafos casi se paralizaron, se cayeron algunas luces. Mario Talavera puso sus manos en una cara aterrorizada. Tata Nacho se autohipnotizó. Agustín bebía tranquilo de su ánfora y sonaban las risotadas de Renato. Un desastre...el caos. Al día siguiente, suspensión del programa y aviso de la cancelación de la cuenta de uno de los clientes fundadores de Publicidad Ferrer.

Eso es parte de una historia que me une a Agustín Lara más allá de los chispazos intemperantes. No es sólo la admiración que siento por su talento musical, por el prodigo de sus canciones, como *Solamente una vez*, escuchada inolvidablemente en el frente del Ebro en la primavera de 1938. Es que los años de nuestra amistad nos han acercado estrechamente, siendo el uno confidente o consuelo del otro. A mi recurre cuando se queda ‘bruja’, esa palabra española que le gusta repetir a menudo. El *Chacho* Ibáñez no es sólo su joyero sino su acreedor principal.

No olvido que hace años, cuando era yo soltero, Agustín quiso aliviarme de un ‘mal de amores’ mandando traer su piano en un camión para darle serenata, en plena avenida Álvaro Obregón, a una linda joven a la que yo cortejaba. Sería una noche magna. Por entonces se encontraba en México mi amigo Luis Miguel Dominguín, a quien había presentado con *El flaco*. En el Cadillac de este último fuimos a buscarle hotel donde se hospedaba, cerca del Hipódromo, para que nos acompañara hasta los alrededores de la plaza de toros México.

Subidos al camión de mudanzas que nos había seguido todo el trayecto, Agustín quiso desgranar toda la suite española de su repertorio en honor del gran torero español, hasta avanzado el amanecer y entre neblina de *monjas* —agua de Tehuacán, hielo y anís—la bebida favorita de nuestro invitado. Luis Miguel se extrañó de que Agustín hubiera compuesto tan bellas canciones sin conocer España. *El Flaco* le repuso de inmediato: Tampoco Julio Verne necesitó conocer África para describirla. (Más adelante me confesaría Luis Miguel que no se atrevió a pedirle a Lara que le compusiera un pasodoble)”.